

La poesía religiosa

Por Nicolás Jiménez

En el Instituto Católico de París se efectuó, en marzo de este año, una sesión solemne, presidida por su director, el Cardenal Baudrillart, a la que asistieron académicos de la lengua, miembros de corporaciones científicas, algunos funcionarios públicos y numerosos escritores de universal renombre.

Se trataba de rendir homenaje solemne a la memoria del poeta Louis Le Cardonel, recientemente fallecido, que figura entre los más insignes poetas místicos de estos tiempos. Al concluir aquella conmemoración, después de las piezas oratorias que se pronunciaron, el Excmo. Cardenal declaró que, desde este año, quedaba fundado el premio Le Cardonnel para "galardonar anualmente a un poeta de inspiración católica".

Louis Le Cardonnel fue religioso y, en el recogimiento de su celda conventual, junto con las meditaciones ascéticas, su alma se desahogaba en acentos de una poesía exquisitamente melodiosa, que en sí misma era una oración no interrumpida, expresión de vida interior de incomparable delicadeza.

No está a la altura de un San Juan de la Cruz, ni de una Teresa de Jesús, poetas místicos que, según la autorizada opinión de Menéndez y Pelayo, más parecen ángeles del cielo que seres humanos, por la melodía, nunca después oída, de sus cantos. Pero, en estos siglos en que la poesía mística había casi desaparecido, en que la sentimentalidad romántica de Lamartine reproducía infielmente los verdaderos sentimientos de las almas creyentes, en que aún Verlaine intentó raras e imperfectas ascensiones espirituales, fruto del arrepentimiento antes que del desinteresado amor divino, la voz de Le Cardonnel era la más pura, la más ele-

vada, la que más se había acercado al misticismo de otros tiempos.

El citado polígrafo español, en su famoso discurso de incorporación a la Academia de la Lengua, sentó una teoría, admirable como suya, sobre el concepto de la poesía mística. Según él, no puede haber poesía de esa clase si no va acompañada, o mejor dicho, precedida de una doctrina teológica, que señale y defina las relaciones del alma con Dios. Sobre la base de tal creencia dogmática, que es al mismo tiempo un cuerpo de principios filosóficos, el alma, en continuo ejercicio de meditación, supuestas las facultades innatas del poeta, se enfervoriza en afectos, se enciende en amor y da a sus labios y a su lenguaje el acento especial que se conoce con el nombre de poesía mística.

Así como es raro el estado de ánimo que legítimamente merezca el nombre de misticismo, en igual grado son raros los poetas místicos. Poesías devotas, poesías sagradas, poesías religiosas, hay en abundancia.

Cada nación tiene poetas notabilísimos que han espigado abundantemente en el campo religioso; pero son pocos, entre ellos, los que merecen el calificativo de místicos.

En Colombia es muy celebrado Antonio Llanos. En la Argentina, Esther de Cáceres. En los demás pueblos hermanos debe haber otros; sin embargo, ésta es nueva ocasión de lamentar el desconocimiento mutuo en que vivimos los americanos.

En el Ecuador, muertos los dulces cantores de las ternuras religiosas, Miguel Moreno, Honorato Vásquez y Niccanor Aguilar, nos quedan Remigio Crespo Toral y el joven religioso dominicano, Fray Juan María Riofrío R., quien, en estrofas latinas, semejantes a las del *Stabat Mater*, y en poemas castellanos denuncia una inspiración que se encumbra cada vez a mayores alturas de contemplación y fervor.

El libro *Plegarias* de Crespo Toral, publicado en 1934, exhibió a este poeta por el aspecto religioso, ya sospechado, dada la ortodoxia de aquel príncipe de las letras ecuatorianas, pero no del todo puesta en claro hasta ese año. En él escuchamos con más hondo subjetivismo los acentos antiguos de Julio Zaldumbide, de Juan León Mera, de Luis Cordero, de aquel piadosísimo y santo Julio Matovelle, y de González Suárez.

Plegarias lleva un prólogo del mismo autor. Contiene el concepto del doctor Crespo Toral sobre la poesía religiosa. Atribuye a la poesía que consigo trajo el cristianismo

después de su lucha victoriosa con el paganismo, los más altos ideales líricos. "El cristianismo —dice— infundió en el arte el espíritu nuevo, la sorpresa ante el misterio, la alegría de la abnegación, la dulzura de la misericordia, la espiritualidad en las relaciones, la dignificación femenina y la castidad sentimental".

El cristianismo, en efecto, dotó al poeta y a la poesía de un estado de alma completamente nuevo, proveniente de ideas y sentimientos desconocidos o ignorados de los paganos.

De los elementos constitutivos de la nueva poesía, de la que debiera llamarse cristiana por lo pronto, y especificarse después con el calificativo de mística, vamos a escoger solamente dos para no ser demasiado minuciosos. En un estudio ligero no es posible detenerse en enumerar todos los componentes espirituales de la nueva lírica cristiana, ni en analizarla prolijamente, penetrando en honduras espirituales, en sutiles distinciones psicológicas, en delicadas descripciones interiores, que confinan con la perfección de las almas y aun con la santidad.

El cristianismo nos enseñó la idea fecunda de la omnipresencia de Dios. El pensamiento de que Dios está presente en todas partes, animándolo todo con su aliento creador, sosteniendo a todos los seres del universo con su Providencia incesante, dio a la Naturaleza un aspecto nuevo que, además del fin principal, al que, con ellos, se dirige el dogma, comunicó a la poesía un elemento riquísimo de belleza, llenando a las almas de un respeto, de un temor, de un estremecimiento inquietante y dulce al mismo tiempo.

La naturaleza se asemejó a un templo. No quedó vacía, con la huida de los dioses y semidioses del paganismo. El grito que se dejó oír en el mundo antiguo, "El gran Pan ha muerto", no despobló, ni afeó, ni ensombreció el universo. En seguida apareció lleno de la presencia de Dios.

El notabilísimo pensador ruso, Nicolás Berdiaeff, a pesar de sus ideas netamente ortodoxas, tiene sobre este punto algunos errores en su obra *El Sentido de la Historia*, "Entre el hombre que ya avanza por el camino de la Redención y la Naturaleza, —dice— se abre un abismo. El cristianismo cierra herméticamente la vida íntima de la Naturaleza y ya no permite al hombre penetrar en ella: Es como si el cristianismo matara a la naturaleza..."

Siempre es duro contradecir a quienes tienen bien ganado el renombre de que gozan por sus talentos y sus maduras reflexiones. Pero, con perdón del insigne ensayista

ruso, tenemos que afirmar que el cristianismo no trajo consigo el horror a la naturaleza, ni que la cerró herméticamente. Al contrario, presentó en ella un templo más accesible a todos, para el conocimiento de un Dios único y para la adoración de un Creador omnipotente y omnipresente.

Es fácil figurarse con qué espíritu de admiración, de asombro, de amor, un cristiano vería a la naturaleza. En la excelsitud de las cumbres, en la extensión de los valles, en el curso de los ríos, en los rumores de los bosques, en las plantas, en las flores, en los frutos, dondequiera, en todas partes, veía, sentía a Dios, respiraba su aliento creador y fecundo, palpaba la potencia que mantenía el orden en el Universo y la vida en todos los seres de la tierra y del cielo.

Esa omnipresencia divina, que es un dogma de la religión cristiana, no es lo mismo que la idea panteísta o el concepto politeísta, ni produce los mismos efectos en el alma para las producciones del arte o para las delicuescencias de la meditación. Tratándose de los sentimientos de amor y del concepto de belleza, que son la esencia de la lírica, es muy diverso creer que todo es dios y que aún lo más contradictorio y opuesto forma parte integrante de un mismo sér divino, que estar persuadido de que un Dios, diferente de sus criaturas, superior infinitamente a ellas, está presente y en constante acción providencial, en todas y cada una de las partes del Universo. Aun suponiendo que haya quien considere que están en igualdad de circunstancias el panteísmo y el cristianismo frente a la Naturaleza, por razón de la vida que se descubre a través de la animación general de los seres, se convendrá en que el cristianismo enciende en mayor ardor amoroso el alma del creyente a la vista de la naturaleza, ya predispuesta para el encendimiento de afectos con la simple noción de un Dios hermoso, bueno, santo, Padre y Creador del mundo. Y como el amor, esa atracción íntima para la unión con el Sér Supremo, es elemento lírico de subidos quilates, la poesía que lo expresa, con alusión a los motivos engendradores de ese afecto, será indudablemente de mayor calidad estética, de arte más puro y legítimo.

Otra circunstancia que dio carácter especial y distintivo a la poesía cristiana, fue la costumbre que adoptaron los anacoretas de entonar cánticos a ciertas horas del día. Retirados, en los primeros tiempos del cristianismo, en apartadas cabañas, ya en las soledades del desierto, ya en lo más abrupto e inaccesible de las rocas, al principio solos y des-

pués en comunidad con sus hermanos, los monjes compusieron y entonaban cánticos acordes con las diferentes horas en que alababan públicamente a Dios. Es de figurarse, cuán hondos, cuán delicados, cuán encendidos, cuán fervorosos, cuán angelicales debían ser los sentimientos de aquellos santos hombres al contemplar la naturaleza —esa naturaleza en la que se manifestaba casi sensiblemente su Dios y Señor.— en las horas crepusculares, cuando se anunciaba el nacimiento del sol en medio de espléndidos paisajes del horizonte, o cuando el mismo astro apagaba sus rayos y se escondía entre celajes de vario, vivo y fugaz colorido.

Cada uno de los cánticos de Maitines, de Vísperas, de Laudes, tenía relación con los afectos que el cristiano había traído, dotando de nueva sensibilidad a las almas. Se puede afirmar que, por primera vez, desde que se cerraron las puertas del Edén, se escuchaba la verdadera poesía en el mundo, la poesía pura, elevada, espiritual, de contemplación mística y de amor divino, inspirada por la belleza absoluta y por el fuego de corazones extasiados, que salían fuera de sí y se diluían en lo infinito . . .

La voz de los poetas paganos quedó ahogada. Su acento pareció bronco y desapacible. La lírica que se ha llamado clásica fue supeditada por cantos hasta entonces no oídos. Esos humildes anacoretas, imbuídos en misterios elevados, sabían muy bien lo que celebraban en sus cantos.

El más dulce y más artista de los poetas latinos, Virgilio, apenas es capaz de balbucear, en su Egloga IV, tiernos presentimientos de algo indefinido e inconsciente, de que él mismo no se dio perfecta cuenta.

Todavía perdura ese estremecimiento de los primeros poetas cristianos, muchos de ellos anónimos, desconocidos, ignorados. Su sensibilidad es la nuestra. Sus himnos son repetidos por los monjes y los ascetas de nuestros tiempos. Los coros de las casas conventuales resuenan hoy día, en las mismas horas escogidas por los ermitaños de los primeros siglos, con los cantos líricos de júbilo y de alabanza, que brotaban de las rocas y se dilataban por los desiertos como súplica, como adoración al Dios presente en todas partes.

Hay poetas, sobre todo entre los religiosos, que devuelven el eco de la poesía primitiva cristiana y que parecen cultivadores directos pero lejanos de ella.

Le Cardonnel fue uno de esos raros ingenios. Un santo poeta, si se nos permite la frase, cuyos poemas eran algo co-

mo oraciones, nacidos desde lo íntimo de su alma, llenos de unción y de amor.

El premio que ha fundado el Instituto Católico de París, tiende a fomentar la poesía mística, tan rara, dado el estado general del alma contemporánea.

NICOLAS JIMENEZ

Guayaquil. 1938.

